

Los deseos de Serena (fragmento)

José Rodolfo Espinosa Silva*



Por qué has llegado tan tarde? –dijo Ami, mi hermanita pequeña–. Ambas teníamos nombres de personajes de Sailor Moon porque mi madre fue niña de los noventa y decidió

jodernos la vida en vez de cambiarse ella de nombre. Bueno, a decir verdad, nadie asociaba el nombre de mi hermana con la Sailor Mercury, pero a mí, siempre que llegaba a un nuevo lugar, la gente me decía: “Serena, como la de Sailor Moon”, y eso era sumamente fastidioso. Mi tío Julio llegó a decirme en alguna ocasión “Serena morena”, y ese día dejó de ser mi tío favorito.

–Nos quedamos para repartirnos trabajo en equipo –mentí–.

–Mamá salió a buscarte.

–¿No fue a trabajar?

–Parece que pidió permiso de faltar hoy. Hay sopa en la estufa, puedes calentarla si tienes hambre.

Para sus nueve años, Ami era una niña autosuficiente. Calentaba su propia comida, hacía su tarea sin que le dijeran y ayudaba a mi madre con la limpieza de la casa. Muchas veces sentía que mamá le quería más; últimamente ya no congeniábamos.

Calenté la olla con sopa y me serví un poco. Estaba soplando mi primera cucharada cuando escuché el auto de mi madre llegar.

–¿Qué demonios pasa contigo? –dijo apenas me vio–.

Fecha de
recepción:

2019-11-18

Fecha de
aceptación:

2021-04-15

EN
TOR
NO

8

* Docente en la Secretaría de Educación Pública, Tamaulipas.

—¿Qué pasa de qué? —traté de ignorarla y concentrarme en mi sopa. Comí—.

—He ido a buscarte, como no te vi, llegué a la escuela, pensé que te habías hecho la pinta, pero Susana me tranquilizó, dijo que sí fuiste a clases, pero que ya no te vio a la hora de salida. Te estoy marcando, llevo ya veinte llamadas y traes el teléfono apagado. ¡Para qué demonios quieres el maldito celular!

Saqué mi celular. Estaba apagado.

—¡Se me descargó! No es tan grave —me molestó que me gritara, pero sobre todo, que haya hablado con Susana—. Además, para un pinche día que estás en casa.

—¡Ah! ¿De manera que otras veces llegas tarde también?

Mamá volteó a ver mi hermana, que leía un libro. Cuando ésta sintió la mirada inquisidora peló los ojos, pero decidió tragar saliva y seguir leyendo.

—¡Qué te importa! —me levanté a dejar mi plato en el fregadero. Había perdido el apetito—.

—¡Te me vas directito a tu habitación!

Era exactamente a donde iba. Cerré la puerta con llave y lloré hasta quedarme dormida.

Cuando desperté, estaba comenzando a oscurecer. Mi padre trabajaba como taxista y llegaba a las nueve; mi madre no había venido a molestar, supuse que estaba dormida. Miré el reloj: eran las ocho en punto. Abrí mi mochila para comenzar a hacer mi tarea y mientras sacaba las cosas apareció el termo.

—Tal vez me esté volviendo loca.

El recipiente era de color fucsia y tenía la elegante figura de Reina Stela sublimada. Me lo acerqué a la nariz y lo olfateé, no tenía mal olor. De hecho, no olía a nada y, a decir verdad, estaba bastante limpio. ¿Así de limpio estaba en la mañana? Lo agité, creí que tendría restos de café echados a perder dentro, pero sonaba hueco. ¿Será que lo habrán tirado nuevo? Sólo había una manera de averiguarlo. Podía tolerar que oliese feo por dentro, pero, por favor, que no salga una araña.

Giré la tapa y la retiré. Entonces, el termo se puso muy caliente, tan caliente que me quemó la mano. Lo solté, comenzó a girar y un humo negro salió de su interior. El cuarto se oscureció, y pude ver una gran silueta arrastrarse por las paredes de la habitación, hasta tocar el techo, y poco faltaba para que me cubriera por completo, así que como pude me moví para llegar hasta la puerta, que tenía llave. Estaba encerrada sola con esa criatura.

—No corras.

Era una voz amable.

La descompuesta silueta fue tomando forma y vi frente a mí a un hombre alto de ojos amielados y profundos, con barbilla partida. Tenía los labios carnosos y a medida que fui bajando la mirada descubrí su torso musculoso, con abdominales marcados. Bajé más mi vista y no pude evitar sonrojarme, estaba completamente desnudo; jamás había visto uno en vivo y a todo color. Intenté no verlo

mucho, sólo de reojo. Aun así creo que se percató de mi mirada.

—Oh, claro, ¿me pongo algo de ropa? —preguntó tan casual como si me preguntara si quería un vaso con agua—.

—No lo sé —debí escucharme muy enferma, pero fue lo primero que salió de mi boca—. Sí, sí, por favor, vístete.

Él observó un póster de Chris Evans que tenía en la pared, donde traía una camisa blanca un poco des-

abotonada y un saco de vestir. Chasqueó los dedos y tras un chispazo que esparció luces por la habitación, y de un momento a otro, estaba vestido igual que el actor.

—¿Quién... eres? —estaba atónita, pero la curiosidad por saber era más poderosa que mis ganas de gritar y salir corriendo—.

—Soy un Efrit, y he venido a cumplir tus deseos. ❀



Martha Legarreta: La luz y la llama, 2008.